

naciones y llevado por los ojos y por el ejemplo de Beatriz. Después, perdió el derrotero, abandonó el camino veraz y empezó a rodar por la pendiente del vicio; y tan hondo cayó, que sólo una providencia particular podía salvarle. Al volver en sí del sueño en que estaba envuelto cuando abandonó la vía verdadera, al sentir la amargura de muerte inherente al vicio, el pobre poeta quiere salir, y sale, efectivamente, de la selva; y después de respirar al ver la luz del Sol y de reposar el cuerpo cansado, unos instantes, reanuda el camino por la desierta playa en dirección al monte. Mas he aquí que, casi al comenzar la pendiente, le salen al encuentro aquellas tres misteriosas fieras: la lonza de pintada piel, ligera y suelta extrañamente; el león, alta la cabeza y con hambre rabiosa, que hacía temblar el aire; la loba, que en su flaqueza parecía cargada de todos los apetitos. Y otra vez el poeta vuelve a rodar poco a poco hacia el «abismo donde calla el Sol»; y hubiera perecido en aquel «paso, de donde no salió jamás persona viva», si Virgilio no hubiera acudido en su socorro. Enviábale Beatriz, a quien Lucía, enemiga de toda crueldad, avisara del peligro que su amigo corría. A Lucía, a su vez, se le había recomendado «señora gentil que, allá en el Cielo, se compadecía» del riesgo de Dante y «quebraba el duro juicio de la ira de Dios».

Virgilio se encuentra con Dante en el mo-